

LA CUESTA DE ENERO

Uno de enero: *bonjour tristesse*. Bien pensado, es mejor no seguir leyendo el decálogo lacrimógeno de la Sagan, no este año que parece estrenarse con el verde apagado de las selvas que me regalan lianas para que me las cuelgue del cuello. No seré esta noche juez y verdugo, ni siquiera soy capaz de pintarme las uñas o hacer una rápida incursión a la nevera para matar el hambre. Esta tarde me he probado el vestido con escote palabra de honor que llevaba puesto la noche en que lo conocí, y han saltado todas las alarmas. Voy a copiar cien veces como en un castigo escolar la frase: *soy una ballena saltando dentro de su pecera*, y luego trataré de dormir durante un par de siglos, amén.

Tres de enero: Me he dejado llevar por el instinto, y bien que lo siento. *Señor, confieso que he pecado*, pero ¿quién no hubiera cedido a la tentación de zamparse ese tortel con su cobertura de nata que me ponía ojitos desde el escaparate de la Mallorquina? Decidido, no volveré a merodear por Sol como una loba olfateando a las gallinas. Ah, por cierto, si no me quiere en su vida, podría al menos mostrar consideración y vaciar mi armario de dos lunas. Que se largue, si quiere, al ultramundo con sus pijamas y sus ridículos slips de guepardo. Por mi parte, colgaré en perchas mi soledad y solo tendré que hacerme la despistada y dejar de vez en cuando alguna pastilla de alcanfor en los cajones.

Siete de enero: Ayer los Reyes me regalaron un yate de lujo y una llantina de mujer hueca que se prolongó desde la hora del desayuno hasta la cena. Quizá podría haber botado ese maldito barco de gran eslora en el mar de mis lágrimas (sí, soy cursi, señor diario de tapas duras, ¿y qué?), pero me quedé dormida. Soñé con él. Me besaba con la pericia de una primera vez: lengua de tigre de bengala y labios de regaliz empalagoso. Asco. No hay nada en su mirada que pueda guardar en el viejo relicario que heredé de mi santa madre. Prohibido acercarse a hombres snob. Stop.

Diez de enero: Cantan las niñas de mi vecina como urracas asustadas en una tarde de tormenta. Quizá me convierta en estatua de sal o, mejor, puede que traspase la pared de pladur con mi guadaña para enseñarles modales. Esa familia está loca de remate, y lo peor es que lo saben. El padre, cuando me lo cruzo los viernes en el garaje, luce un Lamborghini de lujo en la frente y me saluda alzando la pata derecha; la madre, ella es todo glamur en un charco de sapos: orina sobre las arizónicas de la terraza y habla sola con las pinzas de la ropa, y luego esas malditas niñas... Si sigo en casa un minuto más, supongo que mañana seré el ama de llaves de Rebeca, y alguien encontrará un puñal en mi llavero. No me llama el muy taimado.

Diecisiete de enero: ayer bajé al mercado con la esperanza de ahogarme en los ojos azules de ese chico tan guapo de la frutería. Esperé la cola pacientemente, me soné la nariz tres veces, consulté en el móvil las llamadas perdidas, y no, él debe seguir enrocado en su fantástica nueva amiga, la Reina Blanca, trazando diagonales de alfil hasta que se canse y logre expulsarla del tablero. Pedí una lechuga iceberg, dos peras de conferencia, las más pachuchas, y medio de mandarinas. Plof, mi mano se disparó a modo de pájaro carroñero sobre la fruta expuesta en perfecta pirámide, y rodaron cinco manzanas. Me disculpé en tres idiomas indoeuropeos, me ofrecí a comprar a precio de diamante sudafricano esas manzanas que deseaba envenenadas, pero el galán, oh dioses inmisericordes, me sonrió con la dulzura de un tritón en prácticas y me invitó cortésmente a irme. Ojalá me hubiese besado como a Blanca Nieves en su maldito bosque de mentira, pero supongo que las ballenas entradas en años no debemos ser dignas de los cuentos con final feliz. Pero no está mal, me queda el papel de la bruja con su escoba barredora, y puede que logre bailar a la luz de la luna sobre el cuerpo hueco de algún fantasma. Ayer dormí con una compresa fría sobre la frente y, cuando desperté, no tenía ojos ni alma. Sigue sin llamarme.

Veinticuatro de enero: hacer ganchillo ante la ventana del salón es lo más parecido a cavar zanjas en el alma y creer que estás esperando turno en el infierno. La verdad es que no es mal tormento para una tarde de invierno, clavarse las agujas en el pecho y ver cómo se teje el jersey perlado de las grandes tragedias. Pero más allá del dolor físico, no sucede nada. *Rien de rien*, y eso puede ser un problema. Son las ocho, el reloj de cuco me saca su lengua de madera cada treinta minutos, y pienso que va siendo hora de dejar la costura y aceptar mi destino. Esta noche, si el diablo quiere, cenaré pato laqueado en un lago de nenúfares cerca de Xian. Quizá haya algún Omar Sharif en la sala, oculto entre mis sábanas de lino, que requiera de mí para un último revolcón bajo la promesa de matrimonio morganático. Después, trataré de tragarme mis dos blisters sin rechistar, como si recibiera la sagrada forma de mi primera comunión, golpearé la pared tres veces para despedirme educadamente de mis vecinos, y luego solo tendré que sumergirme en el sueño de los ausentes. Sé que allí donde voy tampoco me llamará.